

/CAZA MAYOR/

El autor, un prestigioso médico cordobés, nos cuenta su experiencia de caza de un Eland en Grootfontein.

Cacería en Af



ESCRIBE/LEON MORRA/

Experiencia en la

frica



Era la última semana de julio, con un lindo clima para el sur de Africa (frío por las noches pero muy agradable durante el día) ya íbamos por el quinto día de la cacería contratada con Eber Gómez Berrade, en una reserva de caza en Namibia en la que opera su compañía Executive Safari Consultants.

Esta reserva -cercana a Grootfontein y a unos 700 km. al norte de Windhoek, la capital del país- es una vasta área abierta (free range) de cuarenta mil hectáreas, sin un alambre ni una tranquera que nos limitara.

Frank, mi cazador profesional local, un namibiense de 23 años que cazaba con su padre desde los 10, me dijo enfáticamente: “Today we go for the Eland”, (hoy vamos por el Eland). Yo asentí con mi cabeza sin saber que era uno de los animales de planicie más duros de voltear de Africa. El Eland (*taurotragus oryx*) es un antílope muy fornido y de gran fortaleza física que llega a medir hasta 1,80 metros de altura hasta la cruz y puede llegar a pesar hasta 900 kilogramos el macho, y las hembras un poco menos. Después me enteré que la del Eland era la cacería que más le gustaba a Frank entre esos animales.

Para ese momento, yo ya había cazado un Springbuck, un Gran Kudu, un Impala, un Warthoog (facocero), y un Red Hartebeest; y era hora de aceptar un desafío mayor.

Llevábamos ya media hora recorriendo en la camioneta, los caminos arenosos de la zona, cuando Linus, nuestro chofer (un bosquimano menudito de Bushmanland) frenó súbitamente y se bajó, señalándonos rastros que atravesaban el camino; “A big Eland”, dijo y nos pidió que nos apurásemos. Nos señaló también que acababa de pasar y que todavía estaba cerca.

Me bajé rápidamente de la camioneta con mi Ruger N° 1 calibre .375 H&H Magnum con miras abiertas, lo cargué con munición Hornady de 270 grains, y partí detrás de Linus y

Frank, todos en fila india y paso acelerado tras los rastros del Eland. En la camioneta dejé el Winchester modelo 70 calibre .300 Win. Mag. con mira Zeiss 3-12 x 56 con munición Federal de 180 grains con el que cazaba animales de menor peso.

Trataba de caminar lo más cerca posible de Frank quien a su vez iba muy cerca de Linus ambos, ellos dos, muy concentrados en las pisadas y las boñigas que les indicaban, por su consistencia y temperatura, la distancia a que se encontraba el Eland. Yo me concentraba más que nada en recordar los puntos de impacto vitales que nos había enseñado Eber antes de iniciar el safari, y de caminar sin hacer ningún ruido, favorecido por el terreno arenoso y árido, aunque complicados por la vegetación baja de monte espinoso.

Luego de caminar una hora a paso alegre, comenzamos a hacerlo semi agachados y al poco tiempo estábamos ya en cuatro patas, para terminar cuerpo a tierra; todo para aproximarnos a la distancia necesaria para poder tirarle lo más limpio posible, sin mucho monte que obstruya la visión del animal o la trayectoria del proyectil.

Otra hora más de aproximación y me pidieron extremo sigilo ya que la cercanía del Eland era inminente. Frank y Linus habían comenzado a oír, mucho antes que yo, el chasquido que producen los Eland con las pezuñas al despegarlas del suelo cuando caminan.

De pronto, apareció adelante nuestro, enorme, imponente, estaba comiendo a unos 100 metros, relajado pero siempre atento a cualquier movimiento u olor a su alrededor.

Continuamos la aproximación muy cerca uno de otro, a contraviento, buscando el mejor ángulo de tiro, sin obstrucciones y teniendo en cuenta que mi rifle no tenía mira telescópica.

Cuando el Eland se puso de costado estábamos a unos noventa metros, no nos había descubierto y era nuestra oportunidad; Frank se sentó y puso su hombro indicándome que apoyase mi rifle en él y dis-

parase. Obedecí prontamente y apenas tuve al animal encañonado, disparé sin esperar que mi ansiedad arruinase mi puntería.

De todos modos uno sabe que hay oportunidades únicas en la vida, situaciones que posiblemente no se repetirán, y ello influye negativamente al momento de apretar el gatillo. Tanta perorata para decir que el disparo no fue lo preciso que debió ser e impactó por detrás del sitio ideal.

Oímos el choque del proyectil contra tamaña mole y el animal dio

clase intensiva de seguimiento y búsqueda en el bosque.

Las tres horas y media que transcurrieron hasta que volvimos a tomar contacto visual con el Eland, nos refieren la enorme fortaleza de estos animales. Incluso también existe un Eland gigante, todavía más grande que éste: el de Lord Derby, que habita en las sabanas de África central.

En la última media hora de persecución fuimos descontando terreno por lo que también íbamos aumentando nuestras precauciones para no

que, confieso, en algunos momentos de la eterna persecución, dudé profundamente que este fuese el resultado.

Los cazadores sabemos que nuestro peor castigo es perder herido un animal, cualquiera que sea, sin la posibilidad de rematarlo.

Luego vino el proceso de carga y traslado que se hizo en otra camioneta que pedimos por radio ya que la nuestra se encontraba donde habíamos visto el primer rastro, a veinte, (si, veinte) kilómetros de distancia.

Después nos enteramos que este Eland había sido el segundo más pesado, cazado en la zona, con novecientos cincuenta kilos (el mayor había tenido novecientos ochenta).

De los resultados extraídos de mi excitante encuentro con el eland, personalmente extraigo la siguiente conclusión: tanto o más importante que el calibre empleado, es la munición o punta usada para cada tipo de animal.

La punta de 270 grains del .375 H&H que había funcionado correctamente en los antílopes más livianos; tuvo un funcionamiento deficitario en el tipo de antílope más pesado como el eland, o como en lo que sería un búfalo, por ejemplo; necesitando, en esos casos, a mi entender, proyectiles de mayor masa (300 o 350 grains), y expansión mucho más controlada, impidiendo así que el proyectil pierda masa, y logrando que penetre en los cuerpos más duros y voluminosos, logrando así, alcanzar los órganos vitales.

Así continuó mi semana de cacería, (en la que pude además cazar un Oryx y un Blue Wildebeest o ñu), llena de anécdotas y relatos que compartíamos con los demás cazadores que se encontraban en el campamento: Miguel (el santiagueño), los hermanos Coco y Carlos (ambos médicos cirujanos pampeanos), Marcelo Aliaga (mi compañero cordobés de innumerables cacerías), y por supuesto el organizador del safari y Master White Hunter, Eber Gómez Berrade.

Muchas gracias a todos ellos por tantos inolvidables momentos. ■



un pequeño salto y corrió unos veinte metros como tratando de comprender qué le había ocurrido.

Cuando se detuvo, yo ya había recargado y recibió mi segundo disparo de .375, esta vez en la parte posterior del abdomen, pero con trayectoria hacia adelante ya que se encontraba dando los tres cuartos de perfil posterior. Comenzó a huir al trote y recibió mi tercer proyectil de .375 en el anca derecha, pareció ni sentirlo y continuó su huida como si nada.

Allí comenzó la segunda parte de la cacería, con un impresionante trabajo de rastreo y persecución por parte del guía y del bosquimano, buscando huellas y sangre del Eland que se alejaba cada vez más de nosotros. Yo por mi parte buscaba aprender lo más posible de aquella

ser vistos, oídos, u olfateados; factores que aceleraban el ritmo de huida del animal.

Finalmente a eso de las 12.30 (cinco horas y media después de haber visto su primer rastro), a unos cien metros, observamos al Eland, de pie, detrás de un árbol, como escondiéndose de nosotros. Nos aproximamos cautelosamente hasta estar a unos 50 metros y le disparé un preciso tiro de gracia.

El animal no acusó el impacto, como si le hubiese tirado a un bicho muerto, pero finalmente y a los pocos instantes se derrumbó hacia un costado, con sus patas tiesas, arrastrando consigo dos pequeños arbolitos vecinos.

Nos invadió una profunda alegría, y nos abrazamos los tres, por haber podido terminar con éxito la faena